



Neruda póstumo para lectores intranquilos

MARIE-LAURE SARA

Universidad de la Sorbonne Nouvelle, París

No hay albedrío para los que amos

Fragmento del acervo

— Justo de la Cruz, "Acervo"

Pretendo indagar aquí la parte quizás menos conocida de la oedílica obra de un poeta cuya fama supera, como suele ocurrir con los grandes clásicos, su conocimiento real. El propio Neruda solía decir, según confía Jorge Edwards: «Nadie me lee», en tono de broma pero no sin razón¹. Cuando he preguntado a chilenos si conocen la poesía de Neruda, muchos me dicen que sí pero que no les gusta, y si insisto en saber qué Libro(s) han leído de él ya no me extraña oír que apenas los tienen: *Poemas de amor y una canción desesperada*. Con suerte, también *Caíste general* y *Olas elementales*. Es de veras sorprendente y hasta injusto que una obra tan variada y rica en matices quede siempre reducida a los mismos estereotipos, a las mismas páginas de una obra que en cambio siempre buscó renovarse abarcando una paleta deslumbrante, desplegando una politeria inagotable e insólita.

Con ánimo de aferrar el hilo rojo subyacente a esa obra, me propongo interrogar los últimos escritos de Neruda y, más exactamente, sus siete poemarios póstumos, escritos entre 1970 y 1973 con intención de publicarlos al cumplir sus setenta años, en julio de 1974. Aún resuman la efervescencia y los tormentos de esos años: campaña presidencial, elección de Salvador Allende, grandes medicas y esperanzas, bloqueo económico norteamericano, huelgas y clima insurreccional... Entre líneas, la propia biografía del poeta: un amor tardío e inconfesable, nuevos y terribles ataques de salud (problemas cardiovasculares, gota, cáncer de próstata), ascenso al cargo de embajador de Chile en Francia, premio Nobel, idas y vueltas al hospital, renuncia a su cargo y regreso a Chile; y, por último, el golpe de 1973, el golpe a la vida y a su vida.

En medio de tanta tormenta, y a pesar de sus altas responsabilidades políticas para conseguir el respaldo de Europa al gobierno socialista de Allende, Neruda escribe sin parar, en cualquier momento y en cualquier lugar, como lo enseñan las notas que dejó al margen de sus manuscritos. Movido por la urgencia de dejar un testimonio de esos años, y consciente de que su tiempo está contado, Neruda va componiendo en tres años sus siete poemarios póstumos, a veces escribiéndolos al mismo tiempo, en paralelo.

Siete poemarios como de los siete días de la Creación; siete poemarios que el poeta quiso variopintos, obligados, a imagen de



Marie-Laure Sara, en La Ucacona, Santiago, agosto 2008. Foto: Juan Campos.

su obra, con resurgencias de temas, temas, indígenas pero también con nuevas propuestas, buscando más allá de su gran variedad y diversidad un equilibrio poético de todas las tendencias exploradas: una atmósfera peculiar que le da su unidad a la producción póstuma, como un telón de fondo.

Esta atmósfera peculiar nace a la vez del contexto histórico y biográfico que le toca vivir al poeta pero, más allá de la circunstancia concreta, parece inscribirse también en la voluntad de recuperar las poéticas anteriores, abarcándolas todas en un mismo lenguaje. La inquietud sería su nombre. Inquietud existencial e inquietud poética, inquietud como visión del mundo ubicada entre la esperanza y la preocupación, entre el entusiasmo y la angustia: es decir, en ese umbral febril entre el optimismo y el pesimismo, como una pregunta abierta. En la obra póstuma volvemos, pues, a escuchar acentos que remiten a la juventud acentuada de *Residencia en la tierra* pero también se escuchan la clara sencillez de los *Olas elementales*, el tono burlesco e irónico de *Entre vigas*, la crítica y la ironía de *Fin de mundo* y, con una intensidad nueva, se reinstaura la búsqueda de lo esencial mediante el silencio lacónico y la pregunta sugestiva, como los esboza el precioso *Libro de las preguntas*.

Así, guiados por el hilo rojo de la inquietud póstuma, advertimos en esos siete poemarios tres grandes unidades que en alguna manera remiten también a las distintas etapas poéticas de la obra anterior de Neruda. Las más serenas, 2000 y *Niebla*, constituyen la primera unidad. La segunda incluye obras más alegres y lúdicas: *El corazón americano*, *Defectos esenciales* y *Libro de las preguntas*. La tercera se podría calificar de lírica: *Justo de la Cruz* y *El mar y las campanas*, éste probablemente el último poemario escrito por Neruda, síntesis dentro de la síntesis que en su conjunto los siete libros proponen. Destacaré de esta obra póstuma algunas poéticas y versos que me parecen emblemáticos en dos sentidos: uno de síntesis (poética claroscuro de la inquietud), otro de innovación (formal y poética).

Así, pues, los poemarios póstumos proponen un reajuste entre el pesimismo de *Residencia en la tierra* y el optimismo de la etapa sacrosanta. A nivel estilístico y semántico, se logra igualmente una síntesis entre la claridad y el hermetismo, o sea entre la transparencia explícita y la profundidad sugestiva. Ambos propósitos están implícitos en

Neruda póstumo para lectores intranquilos [artículo] Marie-Laure Sara.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sara, Marie-Laure

FECHA DE PUBLICACIÓN

2008

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Neruda póstumo para lectores intranquilos [artículo] Marie-Laure Sara.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile